

Echando combustible a la caldera inflacionaria

La crisis del sistema financiero internacional acusa una mayor profundización durante los últimos meses de 1977 y los primeros de 1978. El síntoma más relevante se manifiesta en la paulatina y creciente desvalorización del dólar en el mercado monetario capitalista, que varía del 15 al 40% según el lugar y el momento.

Los directivos de los más importantes bancos centrales de Europa y Japón expresan creciente preocupación ante la cada vez menor capacidad de dichas instituciones para evitar el deterioro del dólar, el cual otorga ventajas a los norteamericanos sobre sus congéneres europeos en el comercio internacional y por ello en muchos círculos financieros de la burguesía imperialista se estima que no basta salir a la defensa cada vez menos eficaz del dólar, sino que se va imponiendo la necesidad —más allá de hacer frente al deterioro de esa divisa mediante medidas de política monetaria— de recurrir lisa y llanamente a elevar el nivel de protección de las industrias de los países europeos y del Japón, máxime si se toma en cuenta que más allá de declaraciones, el gobierno de los EUA no hace nada para evitar la desvalorización de su moneda. Sin embargo titubean ante la mencionada medida, pues no desean perder el mercado norteamericano. La devaluación del dólar no es más que una expresión de las contradicciones interimperialistas y de la forma mediante la cual los Estados Unidos pretenden cargar sobre sus competidores sus problemas de balanza de pagos.

También al interior de los Estados Unidos, el deterioro del dólar está acarreado crecientes preocupaciones entre los más importantes círculos industriales y económicos de esa nación, pues no obstante las ventajas monetarias que en las exportaciones tienen las trasnacionales norteamericanas, de ninguna manera se excluyen los efectos depresivos e inflacionarios que trae aparejado ese proceso en la economía norteamericana.

En este estado de cosas, la inflación continúa y ha aumentado su ritmo y no genera por sí misma —como suponen algunos teóricos— el suficiente aliento para que la inversión privada se recupere y pueda elevar el ritmo de expansión de la actividad económica; antes al contrario, el capital internacional se torna más especulativo e inestable. En *Problemas del Desarrollo* se ha insistido en múltiples ocasiones que la inflación está vinculada con el carácter monopolístico creciente que va adquiriendo la economía capitalista, y que al mismo tiempo, ésta

se convierte en factor acelerado de la monopolización de las estructuras económicas de todos los países capitalistas, subdesarrollados o desarrollados. Estos fenómenos se seguirán manifestando a través de la famosa libertad de precios que concita la elevación de los mismos.

Por otro lado, los países capitalistas han continuado la expansión de sus sistemas crediticios privados y estatales —lo que si bien en cierta medida coadyuva a la fluidez de la circulación de mercancías—, contribuye a la expansión inflacionaria. Aquí cabe destacar un hecho relevante: los gobiernos de los países capitalistas están contribuyendo a acelerar el proceso inflacionario; durante 1976 y 1977 se observó que, sin excepción, incurrieron en déficits fiscales, con el propósito de buscar la recuperación económica, la que por cierto sigue sin alcanzarse satisfactoriamente. Algunos economistas e institutos norteamericanos incluso prevén una depresión para finales de este año o para comienzos de 1979.

Pareciera pues, que cada uno de los gobiernos están decididos a echarle leña a la caldera inflacionaria. Dicha política no se deriva del particular interés por hundir al sistema capitalista en una espiral inflacionaria sin precedente, sino que los gobiernos mismos están inscritos en una dinámica de la cual no es fácil salir: hacer frente a la crisis económica mediante el estímulo a la inversión privada por medio del gasto público; de enfrentar las contradicciones entre los propios empresarios mediante una política de gasto público generosa a los fines de la acumulación privada del capital, así como atenuar las contradicciones presentes en las luchas entre las clases sociales. Todo ello se aspira lograr mediante el expediente de aumentar el gasto público, que trae como consecuencia la expansión deficitaria del presupuesto público. Inflación acelerada o depresión profunda son las dos aristas en que se mueve la economía capitalista internacional, dentro del marco general de un evidente estancamiento de las fuerzas productivas.

En otras palabras, la política keynesiana seguida por todos los gobiernos del mundo capitalista consistente en elevar los niveles de la actividad económica a través del aumento monetario del gasto público, contribuye a la inflación y, por consecuencia, a acentuar la crisis del sistema financiero internacional; el resultado de utilizar el ahora medicamento keynesiano, que durante unos 30 años sirvió al sistema para atenuar los efectos de las fases depresivas de los ciclos económicos, se va transformando en una droga que en sí misma daña crecientemente al sistema capitalista, en la medida en que la monopolización creciente favorece la inflación, dificulta la recuperación y nulifica los objetivos que se persiguen con las recetas keynesianas.

EL COMITÉ EDITORIAL